



LA JUVENTUD FALANGISTA ANTE LOS PROBLEMAS ACTUALES

JOSÉ CABANAS

Esta es una buena ocasión para repetir en voz alta nuestras reflexiones diarias en torno a las razones ideológicas y a las actitudes políticas concretas del falangismo ante los interrogantes del tiempo presente. Nadie espere de nosotros el fácil recurso de los tópicos y latiguillos de corte maximalista, no los gestos melodramáticos, ni el resentimiento político, que son las consecuencias inevitables del romanticismo revolucionario o de la frustración política. El método de trabajo que hemos elegido podría resumirse así: de una parte, el rigor en el análisis y en las conductas; y de otra, la humildad y la perseverancia en el aprendizaje, conscientes de nuestras limitaciones y de la dificultad de la empresa que nos ocupa. Queremos insistir sobre ello, para que nadie se aventure a suponer que aquí cultivamos la ardorosa ingenuidad de la primera hora.

La situación general aparece cargada de sombras y de incógnitas, que en su conjunto, constituyen un formidable reto a nuestro sentido de la claridad y a nuestra capacidad de imaginación política.

NEOCAPITALISMO, TECNOCRACIA Y DESARROLLO

La España de hoy es una realidad capitalista —con todo lo que esto conlleva en los órdenes social, político, moral, cultural, etc.—, que ha sido reconocida y hasta proclamada por las más altas personalidades del Régimen. Sería absurdo negar de palabra lo que es una realidad evidente a todos los niveles. Y si vamos a trabajar en serio, habrá que empezar por admitir la realidad.

La verdad es que el capitalismo actual ha creado un mayor caudal de riqueza en el orden puramente material, lo que ha elevado en parte el índice de bienestar, pero en los órdenes moral y político no se ha corregido. Su violencia de hoy está mejor disimulada, aparece de forma menos alarmante, pero es una violencia real. En los años de esplendor del liberal-capitalismo, los hombres eran —como decía José Antonio— simples números en las listas electorales y en las fábricas; enemigos en la disputa del pedazo de pan y de la parcela de poder político. No existió nunca una verdadera convivencia; a los más, en los países que alcanzaron un mayor grado de perfección del régimen liberal-burgués, existió una coexistencia inestable. En la hora presente, el capitalismo enseñoorea todo en nuestra Patria, en tanto los beneficiarios de la situación se apresuran, con toda impunidad y desparpajo, a cegar las posibles vías de corrección.

Un hecho incuestionable es que España aspira a instalarse —aunque como miembro de segunda categoría— en la comunidad occidental-capitalista que nos condiciona. Bueno será, entonces, que tengamos muy en cuenta la violencia que, en todos los órdenes, comporta el sistema neocapitalista que ya padecemos. Más aún si nuestro ordenamiento político no se abre en el sentido de permitir a los más humildes el uso de las armas sindicales y políticas con que cuentan en los países que se nos presentan como modelo. En este sentido la derecha española es infinitamente más cerrada y egoísta que la de aquellos países, justificándose, por demás, en la defensa de los altos valores que ella no llegó nunca a comprender ni a sentir, tales como la Religión, la Patria, etc.

Para cualquier español que empiece a preocuparse por la política hay una realidad inmediata con la que tiene que contar: la preponderancia de la TECNOCRACIA sobre las ideologías. Este es un tema sobre el que hemos escrito recientemente, y que queremos recordar. Salvador de Madariaga, en su libro “Anarquía o jerarquía”, escrito en 1934, predecía el advenimiento de la Teconocracia como nueva forma de dictadura neocapitalista. Comprendió tempranamente Madariaga que en la era del desarrollo material y del progreso tecnológico, las tareas de gobierno se complican necesariamente, inutilizando las viejas formas de organización política y archivando la figura del político “puro”. La realidad ha corroborado la tesis del insigne intelectual. Para Madariaga está claro que el concurso de la TÉCNICA es absolutamente necesario en una sociedad que ha complicado enormemente su entramado. Lo que tanto Madariaga como nosotros repudiamos es a la TECNOCRACIA como nueva fórmula de totalitarismo deshumanizado.

Hay en España una corriente de pensamiento que se verifica en lo que hemos dado en llamar “la colmena humana”. Su más destacado personaje ha escrito sobre el crepúsculo de las ideologías. Nosotros, como ya dijo un veterano falangista, creemos en el crepúsculo de las ideologías, pero no en un crepúsculo vespertino, sino matutino. La realización y el desarrollo del hombre —portador de valores eternos— apuntan más allá de la simple satisfacción de sus necesidades materiales. Joaquín Costa pedía —en su formidable lucha contra la España de la pobreza y del casticismo efímero— escuela y despensa para nuestros compatriotas; José Antonio continuaba el razonamiento de Costa diciendo que necesitamos de escuelas para que los niños españoles aprendan de navegaciones, sientas bajos sus pies un ligero peso de alas y, algún día, nos saquen de esta política que camina en zapatillas.

Serán la fe política, el sentido imperecedero de la libertad y de la justicia, lo que movilice a los hombres de todos los tiempos. Ya que no es el hombre un instrumento al servicio del progreso tecnológico y del desarrollo material, sino al contrario: serán éstos la base desde la cual el hombre se lance a la conquista de los valores espirituales.

Ya sabéis que la palabra DESARROLLO es uno de los elementos más socorridos de la retórica justificativa de los teóricos de la COLMENA HUMANA. Sobre esto del DESARROLLO queremos dar, también, nuestra opinión, porque el tema se ha llevado a la prensa diaria y a las corrientes políticas todas.

Unos dan prioridad al desarrollo económico sobre el político; otros sustentan la tesis contraria. El tema trasciende del nivel limitado de las minorías más sensibilizadas y pasa a ser de debate público. Nosotros hemos procurado entenderlo y manifestarnos con rigor y seriedad, rechazando en todo momento, las interpretaciones simplistas y las respuestas precipitadas.

Es cierto, en primer lugar, que un país —tal y como sucede con las personas— necesita tener cubierta las primeras necesidades materiales para ponerse a pensar. De ahí la importancia fundamental del DESARROLLO ECONÓMICO. Pero si queremos que el desarrollo sea total y armónico, debe de incluir un proceso de participación y responsabilización política de los ciudadanos, es decir, un DESARROLLO POLÍTICO. Ambos desarrollos no son, en modo alguno, excluyentes el uno del otro, sino complementarios, partes integrantes de un progreso único e irreversible.

Los resultados de un desarrollo que no se ocupa del desarrollo económico, o lo relega a un segundo plano de importancia, son unos resultados que España ha sufrido como pocos países. Los doctrinarios románticos de la partitocracia pretenden apabullarnos con datos y cifras electorales de la España anterior a 1936, como prueba máxima de la virtualidad democrática del régimen liberal-capitalista. Nada más opuesto a la verdad. Aquella España padeció las consecuencias inevitables de un desordenado desarrollo político y de un casi nulo desarrollo económico-cultural. Hay unas palabras de Miguel de Unamuno muy claras al respecto: “Pocas mentiras hay en España, de las innumerables que nos envuelven y paralizan, más mentirosas que la mentira de nuestra democracia, entendida como una ‘oclocracia’, una soberanía de las muchedumbres, y de las muchedumbres analfabetas. ¡Democracia, donde en la provincia más ilustrada, Álava, llegan casi a la quinta parte (19,79%) de los adultos que no saben leer, y en la provincia menos ilustrada, Jaén, pasan con mucho de la mitad llegando al 65,79%, y en España toda son cerca de la mitad de ellos analfabetos!

Esto es la analfabetocracia”.

De otra parte, caer en el extremo opuesto, es decir, en afirmar el desarrollo económico al tiempo que se niega el político, es un puro desatino. Es como criar a un niño resolviéndole todos sus problemas, evitando que él se ejercite y se haga a sí mismo. Esa forma de paternalismo es negativa; porque cuando ese niño hecho hombre tenga que afrontar su propia responsabilidad ante la vida, no sabrá: será un verdadero desastre al faltarle la asistencia de quienes le cuidaron y le dieron todo resuelto. Esto mismo acontece con los pueblos. Ese paternalismo es negativo también. Al pueblo hay que darle participación para que crezca en el riesgo, en la dificultad y en la tensión que entrañará su vida como pueblo libre y soberano. Entonces ese pueblo sabrá sobreponerse y superar, sin catástrofes, los momentos y situaciones más difíciles.

En síntesis, y como decíamos antes, el desarrollo español debe ser total y armónico. El pueblo español no padece incapacidad alguna —que sepamos nosotros— para dirigir su propio destino.

COMUNISMO

El comunismo no es tampoco una solución. Realmente, a más de cincuenta años de la Revolución marxista-leninista, cuando ya disponemos de datos objetivos para juzgar la realidad total del régimen comunista, nuestro juicio no puede ser otro que la condena. En verdad esta condena ya la habíamos hecho en el plano de los principios. Y la realidad tangible ha corroborado con largueza nuestros temores. El comunismo es hoy un capitalismo de Estado implacable, que mantiene la más férrea dictadura política en beneficio de una minoría neofeudal: los dirigentes del Partido: “La Nueva Clase”. Sobre esto ha escrito Milovan Jilas, quien fue un destacado comunista yugoslavo que alcanzó, incluso, la vicepresidencia con el mariscal Tito.

Y si miramos al atomizado comunismo español, nuestro juicio no puede ser menos condenatorio. Las facciones más extremistas se limitan a los actos de terrorismo callejero, que no van más allá del cóctel molotov o del apedreamiento de las lunas de un establecimiento público. El Partido Comunista oficial, que preside la “Pasionaria” y que gobierna Santiago Carrillo, no ha sido nunca otra cosa que un fiel servidor de las directrices políticas imperialistas del Kremlin, aunque ahora se manifiesta, sólo de palabra, en una línea más independiente. Su asistencia al terrorismo criminal de ETA y sus continuas campañas internacionales contra la España “oficial” —que luego siempre terminan perjudicando a la España “real”— han colocado al Partido Comunista de España en una situación realmente comprometida ante la opinión pública. A los niveles universitario y laboral su desprestigio es realmente mayúsculo, debido a las sucesivas traiciones al Sindicato Democrático Universitario (SDU) y a las Comisiones Obreras, con la purga de todos los que no eran militantes o fieles aliados de la política del Partido.

COLONIALISMO

Ya hemos apuntado en otras ocasiones la proyección supranacional del capitalismo y del comunismo. En esto, ambos sistemas son plenamente coincidentes, aunque cada uno, independientemente, ha elaborado su propio método de justificación sistemática. Unos con la defensa de los valores de la Democracia; los otros, por la pureza y la integridad del Socialismo Marxista. Pero lo cierto es que las grandes potencias de uno y otro bloque ejercen una explotación económica y política implacable sobre los pueblos bajo su dirección. Cuando algunos de estos pueblos han intentado la emancipación nacional, la maquinaria militar de las superpotencias han ahogado en sangre o mediante la conspiración interna los brotes nacionales de emancipación. Ahí tenemos, por el lado occidental, el caso de Santo Domingo y el cotidiano de las repúblicas hermanas de Hispanoamérica, entre otros; por el lado oriental, los caos de Berlín, Hungría y Checoslovaquia. El mundo se divide en dos bloques perfectamente definidos, en los que un número escaso de superpotencias ejercen la explotación imperialista del resto de las naciones.

Al llegar aquí, tenemos que proclamar, una vez más, el espíritu que mantuvo siempre España. Para nuestra Patria —con todos los errores cometidos en nuestra colonización— la misión de las naciones mejor dotadas material y culturalmente consiste en entregarse a una tarea auténticamente liberadora —colonizadora— de las naciones humildes. Frente a la política imperialista, de clara raíz materialista, se levanta la política de entrega y de servicio que se resume en aquella frase de José Antonio referida a la colonización española: “España arrebató a la barbarie —es decir, a la

incultura y a la pobreza— continentes desconocidos, para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación”. Muchos pensamos que hoy la gran solución al problema del imperialismo consiste en una gran federación de los países pobres, a la manera como ya lo hicieron las clases explotadas frente al capitalismo nacional. Y ello porque la explotación se ha trasladado del plano puramente nacional de las clases sociales al internacional, en el que se concretan dos clases de naciones perfectamente diferenciadas: la de las naciones ricas y la de las naciones subdesarrolladas o en vías de desarrollo.

LA DEMOCRACIA INTEGRAL COMO RESPUESTA

La democracia liberal-burguesa no sólo no es la única democracia, sino que no es verdadera democracia. Democracia es el gobierno del pueblo; pero de todo el pueblo.

El sistema clásico de partidos es la estructura superior de otra inferior de injusticia económica y de lucha de clases. Por eso el sistema de partidos fue nefasto en nuestra Patria: porque los partidos eran instrumentos de las clases en su lucha por la conquista del poder político. Si los intereses de la plutocracia eran irreconciliables en la base con los de las clases desposeídas: ¿cómo iban a reconciliarse sus intereses políticos en la altura de los partidos? Era el “desorden” capitalista que denunciaba Mounier.

Esta es la realidad: el capitalismo rompía la unidad de los hombres en las relaciones de la producción, rompía la unidad del cuerpo social en clases irreconciliables y rompía, por último, la unidad política en la lucha de los partidos. Y sin unidad no puede haber empresa colectiva. La unidad de los hombres, la reconciliación de los intereses individuales con el interés colectivo, es una alta tarea moral. De ahí las palabras rotundas de José Antonio: “La sustitución del sistema capitalista implica toda una revolución moral”.

Regresar a la democracia de partidos —como pretenden los abanderados de la derecha liberal burguesa— sería una estúpida regresión histórica de consecuencias muy graves. No se trata de variar el rumbo, sino de recuperarlo y afirmarlo hacia las empresas de justicia social y de libertad plena que marcó José Antonio. Esto representa todo lo contrario a un capitalismo económico y a una dictadura política, como querrían confundir algunos. Hay que mantener el rumbo y abrir nuevos caminos hacia la DEMOCRACIA INTEGRAL. Primero, una plena democracia económica y social, que afirme al trabajo en la jerarquía que le corresponde, como fuente de la propiedad, de la gestión, de la participación y de la dignidad civil. Esta auténtica democracia económica y social une a los hombres en la base de las relaciones de la producción y asegura la unidad del cuerpo social, superando la lucha de clases. Y sobre esta base sí que es posible construir la democracia política, que dará a todos los españoles igual oportunidad de participar en el gobierno de la nación.

JUVENTUD

Hemos apuntado alguna vez que la juventud mantiene un mayor grado de independencia frente a los condicionamientos que la sociedad carga progresivamente sobre los mayores. De ahí que veamos a la juventud como la gran fuerza libertadora. De ella, pensamos, tiene que partir el impulso y destacar los hombres que constituyan —conjuntamente con las otras fuerzas sociales coincidentes en los objetivos finales— la vanguardia revolucionaria que acabe con el actual estado de cosas, con el “desorden capitalista”.

La juventud debe desdeñar, como nos decía Machado, “las romanzas de los tenores huecos”. No hemos de fiar en aquellos que nos piropean y nos halagan por sistema; en los que intentan repetir la vulgar estrategia de seducción amorosa por el piropo fácil y no sentido, con un desprecio absoluto de los valores humanos de la mujer. Y lo que nosotros no aceptaremos jamás es que nuestra juventud quede relegada al triste papel de “tonta destinataria de piropos”. No queremos que se nos halague. Queremos que se nos exija rigor en los conceptos y claridad en las actitudes. Nosotros nos lo exigiremos todo, para no morir prematuramente y dejar nuestra obra por hacer. Lejos de nosotros —ya lo hemos dicho— el romanticismo revolucionario, las actitudes maximalistas y las concesiones a la vida plácida, sin problemas. Nuestra juventud entiende bien su compromiso generacional, su tremenda responsabilidad ante el reto que nos lanza el tiempo presente. Y para ello habremos de tener bien despiertas las luces de la razón y dispuesta la voluntad. Claridad y fortaleza de ánimo: he ahí las dos notas que deben caracterizar nuestra comparecencia política.

Sabemos muy bien que cuando el progreso y el desarrollo a todos los niveles han creado un grado mínimo de bienestar, que ha cortado las uñas revolucionarias al proletariado, no queda otra fuerza revolucionaria, otro instrumento de transformación libertadora, que la juventud en coordinación con las otras fuerzas éticas que luchan por los objetivos comunes de libertad y de dignidad humanas. A esta misma conclusión parece haber llegado el “iluminado” Herbert Marcuse, con tres décadas de retraso respecto a José Antonio.

LA RESURRECCIÓN DE LA FALANGE

Quiero terminar, porque la ocasión del I aniversario de vuestra Asociación Juvenil es única, refiriéndome a lo que, para muchos de los que nos consideramos protagonistas del movimiento juvenil falangista iniciado en 1963, es la RESURRECCIÓN DE LA FALANGE. De verdad que hablamos siempre con humildad y sin afán de protagonismos personales. Pero lo cierto es que el impacto de nuestra comparecencia ha sido concluyente para el presente y para el futuro del falangismo. Quiero decir que, en adelante, el proceso de CLARIFICACIÓN y AUTENTICIDAD falangista no se detendrá, sin que sean posibles jamás la FALSIFICACIÓN y la PARCIALIZACIÓN impune de nuestra ideología. Lo decimos sin ningún resentimiento. No cuadra con nuestro estilo; ni nos lo permite la dedicación que nos exige la tarea marcada.

Todos saben que la Falange, en cuanto organización política independiente desapareció por el Decreto de Unificación de 1937. Pero existimos los falangistas. Más o menos dispersos. Y de esta confusión y dispersión salen beneficiados aquellos que ya conocemos todos. Desde esta tribuna juvenil queremos proclamar, una vez más, nuestra doble lealtad: lealtad a las verdades fundamentales de nuestra doctrina política; y lealtad al tiempo que nos toca vivir. Así la Falange se mantiene siempre auténtica, joven y actual. Nuestro movimiento no ha cesado nunca en su evolución, en su continuo adaptarse a las necesidades del tiempo nuevo. Pero la Falange ha evolucionado sobre una línea de UNIDAD y de CONTINUIDAD de sí misma. La doctrina nacional-sindicalista es una unidad armoniosa y completa, que entera avanza y se desarrolla en el tiempo. La ESENCIA —modo único de ser— permanece inmutable; pero la EXISTENCIA —modo de adaptarse a las circunstancias nuevas— cambia. Puede asegurarse que las respuestas concretas de José Antonio a los problemas concretos de la España que le tocó vivir, fueran tan auténticamente falangistas como las respuestas que damos los joseantonianos de hoy a la realidad actual y las que mañana darán quienes continúen el falangismo. Al producirse los cambios económicos, sociales y generacionales, cambian los planteamientos de la estrategia política, pero los principios doctrinales son los mismos. Puede que muchas de nuestras palabras no sean las mismas que pronunció José Antonio, porque otra es la situación y otras las necesidades presentes, pero los falangistas de hoy somos, exactamente, la continuación rigurosa de la Falange originaria.

Era necesario precisar estas ideas, de una forma resumida, pero clara; aunque sea, cuanto menos, para romper el hábito generalizado del camuflaje político. Nosotros empezamos siempre por definirnos, por presentarnos tal y como somos. Y así nos abrimos al diálogo y a la colaboración con todos aquellos que concurren con el mismo espíritu, sean o no falangistas. El secreto de la tolerancia política —en su acepción mejorativa— no consiste en aceptar a los demás por lo que de ellos nos interese desde una óptica egoísta, sino en aceptarlos con generosidad, con voluntad de comprender y compartir. Ese y ningún otro, es el camino de la convivencia fecunda entre hombres responsables y honrados. Como es obvio, se descartan el infantilismo liberal y el colectivismo sin casta. Nos consta —muy a pesar de los extremistas de uno y otro signo— que hay muchos españoles con una verdadera vocación de servicio por encima de los matices diferenciadores y de las etiquetas políticas. Y esto se manifiesta primordialmente entre la juventud, por cuanto —como decíamos— mantiene siempre un mayor grado de independencia respecto de los condicionamientos que la sociedad carga progresivamente sobre los mayores.

Me viene a la memoria la historia de Job. Un día se presentó Satán ante el Señor y le dijo que venía de pasearse por el mundo. Dios le preguntó si había visto a su siervo Job, y añadió que no había en la tierra varón más justo ni sumiso a su voluntad. Satán respondió que la fidelidad de Job se quebraría si sobre él cayera la desgracia. El Señor le contestó que estaba seguro de Job, pero que permitía a Satán ponerle a prueba, aunque advirtiéndole que mirase por su vida. Sobre Job cayeron todas las desgracias. No faltaron los amigos sabios que trataron de consolarle con palabras no sentidas, ni la traición de los que en los buenos tiempos estuvieron junto a él. Y Job no traicionó al Señor, sino que ante la adversidad se agigantó su fe y su sumisión a la Voluntad del Todopoderoso. La Justicia y el Amor de Dios

bendijeron a Job, y vino sobre él una nueva época de felicidad muy superior a la anterior. Me parece a mí que a la Falange ha venido a sucederle algo que bien podría compararse con lo acontecido a Job. Estamos, camaradas, en el tiempo de la prueba. Pero nuestra lealtad no se quebrará. Antes bien, se crecerá en la dificultad. Y el Señor bendecirá nuestra lealtad y nuestros sacrificios.

No olvidemos nunca que la ASCÉTICA —ejercicio para la perfección— es el entrenamiento del espíritu cara a las grandes pruebas. Tal y como se preparan los atletas para las grandes competiciones. Muchas veces nos sentiremos desfallecer; no pocas traicionaremos con nuestros actos nuestras más firmes convicciones. Inmediatamente debe romper con fuerza, en lo más hondo de nuestras conciencias, un fuerte ¡ARRIBA! Y a empezar de nuevo. La ASCÉTICA, como nos enseñaba Teilhard de Chardin, se asemeja a la escalada de una montaña salpicada de dificultades entre la oscuridad de las nubes, pero hay que seguir subiendo, porque al final, ya en la cumbre, nos espera la luz del sol y el más limpio azul del cielo.

¡ARRIBA ESPAÑA!

[Conferencia de José Cabanas pronunciada en Madrid, el 12 de octubre de 1972, en el primer aniversario de la fundación de la Asociación Juvenil “Octubre”]

